

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

ILMO. SR. DON JUSTO NAVARRO VELILLA

EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA

Y

CONTESTACIÓN

DE LA

ILMA. SRA. DOÑA PILAR MAÑAS

ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO

DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

EL DÍA 28 DE ABRIL DE 2003

GRANADA

MMIII

Edita: © Academia de Buenas Letras de Granada
Imprime: La Gráfica S.C.And.- Granada
Depósito Legal: Gr-667/2003
I.S.B.N.: 84-933014-2-6

DISCURSO

DEL

ILMO. SR. DON JUSTO NAVARRO VELILLA

El consul imposible Ángel Ganivet

Querido Presidente de la Academia de Buenas Letras de Granada,
Queridos compañeros,
Señoras y señores:

EN los últimos días de noviembre de 1898, que también eran los últimos días de su vida, Ángel Ganivet imaginó al ser humano del futuro, una criatura que distaría tanto del hombre como el hombre de la mosca. Lo llamó psícope. Lo veía semejante a un globo de color, y así lo escribió en el mensaje que envió a su hijo antes de matarse, si se mató y no es cierta la poco verosímil teoría de que fue asesinado en una intriga de política internacional. Los humanos, según anunció Ganivet a su hijo de tres años, modificarían su sistema de nutrición hasta reducir a lo mínimo el aparato digestivo. El organismo, después de largas generaciones de lenta metamorfosis, quedaría reducido al cerebro como órgano único auxiliado de un músculo locomotor. A modo de serpiente puesta en pie, concluyó Ganivet.

Fue un febril fabulador de personajes fantásticos, y no en sus novelas, sino en sus cartas, en esa especie de conversación escrita y solitaria con los suyos. En las ciudades de la costa de Noruega, donde nunca deja de llover, los caballos se espantan cuando ven a un hombre sin paraguas, pues lo toman por un monstruo maléfico. Así inventó Ganivet un lluvioso país donde un hombre sin paraguas es un fenómeno pavoroso. Las cartas de Ganivet fueron muchas veces cartas abiertas, para ser publicadas en el periódico, en su periódico, *El defensor de Granada*, y en ellas construyó otro personaje, viajero, escritor y cónsul. Viajar era poner en ejercicio los

cinco sentidos: ver, oír, oler, gustar y aún palpar, esto es, vivir, o así lo sentía Ganivet. Acabó viviendo en Helsinki, o en Helsingfors, como se decía entonces, capital del Gran Ducado de Finlandia, provincia del Imperio Ruso, y desde allí mandaba al periódico unas *Cartas finlandesas* para contentar a los amigos granadinos que le pedían noticias del Norte lejano.

Se veía a sí mismo fabulosamente, uno de aquellos agentes políticos que Venecia y Florencia enviaban al extranjero, corresponsales de periódico antes de la existencia del periódico, habilísimos gacetilleros que escribían de todo con la mayor libertad y desenfado, dijo Ganivet. No eran diplomáticos aquellos legendarios espías de Italia, y, por lo tanto, no redactaban despachos ilegibles que roerían los ratones en los archivos. Pero Ganivet sí había llegado a Finlandia como diplomático de carrera, número uno de su promoción, y para acceder a su primer destino, en Amberes, había debido renunciar a una plaza en el cuerpo de archiveros del Estado. Había elegido vivir precisamente entre la diplomacia y los archivos ratoniles y polvorientos, dos aspectos del mundo que parecía despreciar con absoluta sinceridad.

Dijo a un amigo que su única ciudad era Granada, que las otras sólo eran bancos públicos en los que descansar un rato, pero en cuanto pudo escapó de Granada, cada vez más lejos, opositor y archivero en Madrid, funcionario exterior en Amberes, Helsingfors y Riga. Cuando le tocó ascender de vicecónsul a cónsul, eligió entre los posibles destinos el más distante, Helsingfors o Helsinki, en Finlandia. Allí escribió una obra que se hizo célebre, el *Idearium español*, y la rema-

tó con una imitación española del final de las *Confesiones* de San Agustín: “No salgas, en España se encuentra la verdad”, sentenció Ganivet, que hablaba con la autoridad del que ha salido de España, movido por el fervor desmesurado de huir y alejarse y perderse. Pero Ganivet fue un hombre amante de la verdad, tenido por sensato, consejero en los negocios de su familia, desinteresado. Renunció a la herencia familiar en favor de sus hermanas, exactamente igual que el filósofo Wittgenstein, aunque la herencia de Wittgenstein fuera incomparablemente más grande.

Aunque el *Idearium* parece tratar de España, o de la búsqueda de un espíritu o fantasma nacional español, yo creo que Ganivet sólo hablaba de sí mismo cuando descubría la necesidad de que el país se sacudiera la abulia y encontrara ideas céntricas, ideas guía o ideas madre, como esas grandes naciones que hallaron en su trayectoria una noción precisa de cuál debía ser su interés. Ganivet hubiera querido ser igual que una gran nación, activa y consciente de su destino. Desde el norte de Europa le escribió a su amigo Unamuno otra carta periodística: “España es una nación absurda y metafísicamente imposible”, dictaminó el cónsul Ganivet. Está muy bien la frase, plena y rotunda, pero tendría la misma eficacia y el mismo sentido si la invirtiéramos: España es una nación imposible y metafísicamente absurda. O: España es una nación metafísica y absurdamente imposible. La extraordinaria plasticidad y movilidad de la frase permite que le demos todas las vueltas posibles sin que la hagamos más verdadera ni más falsa.

Pero, sean cuales sean los inconvenientes de la impresionante frase de Ganivet, podemos aplicarla estrictamente a su

autor: “Ángel Ganivet es un cónsul absurdo y metafísicamente imposible”. Detestaba a los huecos y engolados diplomáticos, pero eligió como profesión la diplomacia, rama de la política que se ocupa de las relaciones internacionales, del servicio exterior. Se aventuraba en el exterior, siempre subyugado por el encanto de las ciudades extranjeras: viajando hacia Helsingfors desde Amberes, en ferrocarril, con escalas en Berlín, Königsberg y San Petersburgo, escribió a sus hermanas desde estas tres ciudades. El 27 de enero de 1896 fechó la carta en Berlín: había llegado el día anterior, pero ya asegura saber andar por todo Berlín, que no le produce ningún efecto excepcional porque, así lo dice, ha visto otras ciudades más grandes y de más movimiento. Lo que más le choca es la abundancia de militares. Todo está nevado, la gente se envuelve en pieles, y el cónsul Ganivet pasea a cuerpo, sin sentir el frío, bajo el fragor de tranvías y trenes que cruzan por encima de la ciudad.

El día 28 escribe desde Königsberg, población grande, sucia, silenciosa y parada en el pasado: le gusta mil veces más que la artificial Berlín. Es una de las ciudades de las que guardará mejor recuerdo, abandonada, en decadencia y abundante en basura, la antigua capital de Prusia. Los huevos cocidos que toma en el hotel, muy parecido a una venta española, llevan escritos con caracteres indelebles el día, mes y año en que los puso la gallina. Este detalle nos revela que estamos en la ciudad de Kant, dirá el cónsul, con un magnífico sentido del humor que, sin embargo, no pudo ejercer en San Petersburgo, donde los precios son altísimos y el río se ha helado. Pero Ganivet conservó siempre el gusto de contar felizmente cuanto percibía o aprendía, y así lo demostró en

las *Cartas finlandesas* y sus noticias sobre la vida concreta de los hombres y las mujeres de Finlandia, cómo se organizan, hablan, se visten, comen, trabajan, su modo de hacer las casas y las camas, la abundancia de teléfonos y viudas, qué se lee, cómo se muere.

Escribía para satisfacer a los amigos, entendiendo al lector de periódicos como amigo curioso al que el corresponsal le da conversación de interés, culta, para ilustrarlo, maestro que abre cátedra en la página del diario, dice Ganivet. Quiere entretener, divertir a los lectores, como en una sobremesa. Ejercía una especie de humor granadino, lo diré así. Creo que el humor granadino es una mirada burlona sobre lo que no se sabe muy bien o no se tiene porque no se alcanza. Es una manera de domesticar lo que no es nuestro. No hay distanciamiento irónico, sino ironía familiarizadora, aproximadora de lo lejano. Ganivet no trata de hacer un estudio científico: sólo quiere exponer sencillamente las ideas que se le ocurren a un español que por casualidad está en Finlandia. El escritor es un viajero, extraño y extrañado en el país desconocido, un testigo casual, aunque el escritor Ganivet hubiera elegido su destino en Finlandia con absoluta conciencia, sometiéndose a un único azar: la casualidad de que Helsingfors fuera el lugar más lejano entre los destinos que se le ofrecieron al ascender en su carrera diplomática.

El cónsul en fuga eligió el más perdido de los lugares, aunque no huía para eludir compromisos y obligaciones, sino contrayendo nuevas responsabilidades, las de su cargo como funcionario exterior de España, por ejemplo. Huía y permanecía inmóvil, inmóvil a grandes pasos, en expresión de

Gilles Deleuze, pues jamás se libró de su mundo español, que le había caído encima como una gran capa o como un capote, a él, que viajaba ligero y en las ciudades heladas se movía a cuerpo, sin abrigo, entre las multitudes forradas de pieles. Había una mujer que le producía un instinto de huida irrefrenable, la enfermedad de la fuga. Me refiero a su mujer clandestina, Amelia Roldán, a quien conoció en Madrid en el Carnaval de 1892. Inmediatamente el funcionario Ganivet había sido abducido por el planeta de mujeres solas que era la familia de Amelia, huérfana de un jugador cubano muerto en la ruina. Habitaban aquel mundo la madre viuda, la tía viuda, las tres primas de Amelia, Amelia, seis mujeres en un piso de la calle Lope de Vega de Madrid. Ganivet recibió el peso de esta inmensa familia, y dijo: “El amor, cosas grandes y trascendentales me han conturbado el espíritu”.

Pero ya iba camino de Amberes, vicedónsul por nombramiento del 30 de mayo de 1892, y, camino de Bélgica, pasó por Barcelona. Allí estaba entonces Amelia, y Ganivet la citó en un restaurante. Apareció como un espectro, escribió Ganivet a un amigo, la Dama de las Camelias en sus últimas escenas. Parece que fue Amelia una mujer teatral, y alguien recordaba cómo en una chocolatería de Madrid los camareeros a su paso derramaban jarras de chocolate, un cliente usaba un cenicero como taza y todos enmudecían de admiración. En el restaurante de Barcelona se presentó enferma, muy enferma, o así la vio Ganivet. “Tengo el consuelo de que con la enfermedad se olvidará de mí”, escribió, equivocándose más que nunca. Amelia no olvida. Va a buscarlo a Amberes. Puede que no estuviera enferma. Sólo estaba embarazada. Vivía Ganivet en un cuarto alquilado, alimen-

tándose de café y huevos cocidos en un infernillo, y, en cuanto llegó su Dama de las Camelias terminal, pasó a la clandestinidad, hombre avergonzado de sus amores, y sufrió ataques de fotofobia y agorafobia. Planea una nueva fuga. “He recibido mil disgustos nuevos, me acostumbro cada día más a la vida aislada”, dice. Confía en que pase el tiempo sin sentir, confía en poder escaparse a España dentro de cuatro meses. Quién sabe si en esos cuatro meses encontrará una salida, y cambiará nuevamente de rumbo.

No tardó cuatro meses, sino tres años, en ascender a cónsul de segunda clase y escapar a Helsingfors, o Helsinki, en 1896. Es un sitio frío, dice, medio año entre nieve, pero lo prefiere así para aprender ruso y alemán, que es lo que en Helsingfors se habla. Ganivet estaba poseído por una pasión lingüística, quizá porque deseaba escribir mejor en español y leer más en el mayor número de lenguas posible. A los destinatarios de sus *Cartas finlandesas* les contaba: “Hablo de lo que veo y lo que oigo, o de lo que semiveo y semioigo, porque, en cuanto al oír, me hablan en varias lenguas, y es posible que entienda muchas cosas al revés, y, en cuanto al ver, como tengo la desgracia de distraerme con frecuencia, no veo las cosas por todos sus aspectos y a veces no las veo por ninguno”. Prestaba suma atención a las mujeres de las ciudades extranjeras, a las que tomaba como maestras de lenguas. Volvamos a Barcelona en 1892, cuando Ganivet se encuentra en un restaurante con su dama enferma, a la que consideraba, literalmente, volcán de todas las pasiones y archivo de todas las gracias, pero de la que sólo esperaba olvido, olvido y olvido. Entonces, después de Barcelona, pasó por París camino de Amberes.

Era julio, días de vacaciones en Francia para celebrar la conquista de la Bastilla. Ganivet pasea por París. “He conocido un millón de mujeres al pasar y he elegido sólo a dos para mis experimentos”, escribe a un amigo. Son la morena Renée Block y la rubia Blanche Berthelot, dos mujeres y dos hoteles distintos. Una prefiere la cerveza y otra el tiovivo. Ganivet procura aprovechar todas estas ocasiones en pro de su educación lingüística, o así lo constata. Y cuatro años después, desde Helsingfors, el 20 de noviembre de 1896, escribe a sus amigos granadinos, es decir, a sus lectores, y confiesa que su información sobre Finlandia es incompleta, pues son contadas las ideas que recoge de procedencia masculina. Ganivet hace amistades al azar, sin buscarlas, y el azar ha querido que en Finlandia sus amigos sean amigas. La mujer en Finlandia es superior al hombre, utilísima como medio de información en todos los aspectos, deportiva y profesionalmente notable, aunque de corazón mecánico.

En el asunto de los idiomas las mujeres siguen siendo fundamentales: una empleada del ramo de los seguros y la banca le cambia horas de alemán por francés. Una estudiante se ofrece a enseñarle sueco. Una profesora le da sueco a cambio de francés. El funcionario del Servicio Exterior se ha encerrado, dedica todo el día a leer libros y revistas en inglés, francés y alemán. “Estoy aprendiendo sueco, y después aprenderé ruso con una señora rusa, polaca, exactamente, viuda de un alemán”, escribe a sus hermanas. La viuda se llamaba Masha Diakovski, y, según le escribió el cónsul enamorado a un amigo, era bellísima. “El estado de viudez es en cierto modo el estado ideal para una mujer culta”, anotó en otro sitio. En primavera informó a su familia de que se man-

tenía el buen tiempo, aun nevando que es un placer. “Ya leo bastante regular el ruso y el sueco, y empiezo a chapurrearlo.”

Pero el Cónsul, funcionario de las relaciones exteriores, era cada día más interior, cónsul imposible. “Aquí estoy continuando mi experiencia en mí mismo, peligrosilla”, informa a un amigo. Pasa los meses solo en Helsingfors, puerto difunto y congelado, sin hablar con nadie, y sufre una inversión de los sentidos: “Oigo y veo hacia adentro”, diplomático absurdo. En invierno no quiere visitas, pues en Finlandia la gente es hospitalaria, y ofrece sus casas siempre abiertas, sin cerrojos ni cerraduras, y en el recibidor se acumula todo lo que los visitantes han debido echarse encima para salir a la calle, abrigos, chanclos, sombreros y paraguas: si se hacen diez visitas en un día, diez veces hay que repetir la operación de quitarse y ponerse todos los accesorios (además de localizar lo de uno en el maremágnum de las perchas atiborradas), operación en la que se va más tiempo que en la visita misma, o así lo vio el Cónsul. No sale de su casa en invierno, y en verano se ha adaptado a la rutina de no salir. Según escribe a su familia en agosto de 1896, nadie entra por la puerta del cónsul de España, no tiene nada que hacer, si acaso da un paseo por la tarde y fuma. Aún no ha aceptado ninguna invitación. Lo había invitado a comer el vicecónsul honorario, que vive en una isla, pero Ganivet le ha escrito diciéndole que no lo espere: hace viento, le duele la cabeza. No le gusta que lo inviten a comer, queda uno obligado a devolver la invitación.

A finales de junio recibió una carta del primer secretario de la Embajada de España en San Petersburgo. Es amigo,

dice Ganivet. Quiere venir a Helsinki, a pasar el verano, con lo cual no dejará de molestarme, escribió Ganivet a su familia. Pide a Ganivet que le encuentre una villa, y Ganivet le responde que venga él a Helsinki a buscarla a su gusto y que mientras se instale en un hotel. No sé lo que hará, dice Ganivet, que, para no ser importunado por nadie, quisiera que la Embajada española dejara de existir. Vivía en el lugar que más le gustaba, en el Brunnsparken, el único barrio donde se puede vivir natural y racionalmente en Helsingfors, dijo, un grupo de casas diseminadas sin orden en un bosque junto al mar. El bosque, aunque muerto en invierno, le recuerda la Alhambra; el mar helado es la vega granadina. Ve el mar desde el balcón, su Balcón del Paraíso, dice. Nadie lo incomoda, no es sitio a mano para las visitas.

El paraíso le parecía triste. El desamparo de la inacabable blancura invernal se deshacía en veranos rápidos como un fuego de artificio. El verano sólo era el presentimiento de los días helados y el triunfo de la muerte. La muerte es la que imprime carácter al territorio, lo permanente, lo verdaderamente eterno, escribió el Cónsul. Pero en el tiempo del frío las casas de madera se convierten en invernaderos: dobles ventanas y dobles cristales en las ventanas, algodón en las rendijas y papel engomado en las juntas. Dichosa tierra que durante meses trata a sus hijos como plantas exóticas, dijo Ganivet, que vio convertirse su invernadero del Brunnsparken, su Alhambra particular de Helsingfors, en villa de verano en pocos minutos: se abrieron todas las casas, se echaron los toldos, la gente salió a los jardines. Se comía al aire libre, y los jóvenes cantaban a coro o se embarcaban en tropel. Remaban y seguían cantando. No hay nada que hacer en

verano, dijo el Cónsul, sólo leer y escribir en los días sin noche, sólo leer y escribir en invierno, mientras cruzan ante la ventana los huracanes de nieve. Sólo cabe escribir y leer, leer y escribir. Ni siquiera tiene reloj, se guía por los movimientos de los hombres y las mujeres de Helsingfors, donde cada ciudadano es mecánico y puntual y marca las horas: la muchacha que enciende las estufas, la lechera, el correo, la doctora que pasa en bicicleta, la criada que le hace la cama. No hay nada que hacer en invierno, y cuando llega el verano aún hay menos que hacer.

El Cónsul propondrá que España suprima el consulado en Helsingfors. El Cónsul piensa en dejar la carrera. “Cada día me parece mejor esta carrera y cada día tengo más gana de dejarla”, dice con lógica dislocada. Amelia ha aparecido en Helsingfors, ha puesto fin al romance con Masha, que se da a la fuga inmediatamente. Ganivet, gracias a Masha, ha escrito unos horrorosos poemas en francés. Amelia huye a España en un ataque de celos. Ganivet empieza a preparar concienzudamente la eliminación y liquidación de su consulado, gasto inútil para el Estado español. El Cónsul se empeña en la demostración científica de la inutilidad del Cónsul en la capital del Gran Ducado de Finlandia. Con gran empeño y profesionalidad se dirigía a su destino final en Riga. Pasó el verano de 1897 en Granada, volvió a Helsingfors con sus hermanas Pepa e Isabel, con su mujer Amelia, con su hijo, Ángel Tristán. Pasó por Barcelona y dejó la leyenda de que viajaba en compañía de un harén sentimental. En familia, en Helsingfors, concluyó la eliminación del consulado, de su casa. Envío a la familia a España y el 8 de junio tomó posesión del Consulado de España en Riga, en aquel tiempo ciudad rusa.

La encontró cara y movida, otra ciudad de varias lenguas, como todas las que buscaba Ganivet. Poco saldrá ganando ahora, aparte de aprender ruso con una amiga nueva, la hermana del doctor von Haken, su nuevo médico. Von Haken le diagnosticará una serie de enfermedades terribles que por lo menos tienen la ventaja de que rapidísimamente le harán perder la razón y la vida al Cónsul, si es correcto el pronóstico del doctor. En ese mismo instante, en Barcelona, Amelia mantenía un idilio con Angelo Angioletti, estrella del teatro lírico español, y desataba una trágica trama operística, pues el Cónsul en Riga recibió muy pronto un anónimo que le avisaba de las infidelidades de su mujer, y, simultáneamente, recogía el aviso de que su mujer llega, Amelia, quién sabe cómo vendrá, de dónde habrá sacado el dinero para el viaje, se lo habréis dado vosotros, escribe a sus hermanas. “Viaje tonto y que no me explico”, dice Ganivet en la misma carta, aunque se alegrará de verla en Riga.

Ya saben ustedes que se va acabando esta historia tristísima. En la misma carta a sus hermanas, Ganivet daba noticias aún más preocupantes que la aparición de Amelia: se le cree mezclado en asuntos muy graves, lo amenaza la cárcel y ni siquiera sabe en qué ha podido errar, tal como le sucedía a K., el acusado de *El proceso* de Kafka. Se le sugiere que anda en tratos con personas poco afectas a Rusia y su Gobierno. Escribe a la Embajada española en San Petersburgo: hay un señor Power, policía secreta en misión especial en el Báltico, que se interesa por la opinión de Ganivet acerca del comercio del corcho. “Sólo cuando se tienen dudas se hacen preguntas como algunas que el señor Power me ha hecho”, dice Ganivet. Dos días después de enviar esta carta, que había

sido empezada el 14 de noviembre, Ganivet se ahogó en el río. A la muerte en el agua lo llevó la depresión o la paranoia, la enfermedad, el acabamiento, su insistente mujer, dicen unos. El Cónsul fue asesinado, víctima de una intriga internacional relacionada con el comercio de la madera, dicen otros. Unos lo vieron lanzarse desde un rompehielos y estrellarse contra las aguas petrificadas. Otros lo vieron caer de un barco vacío, empujado quizá, o lleno de pasajeros que acudieron a salvarlo. Alguien, incluso, presencié cómo el Cónsul, elegantísimo, en frac, se sumergía por su propio pie en las aguas heladas, impávido como un cómico de película muda. Yo recuerdo una frase que Ganivet dejó en una de sus novelas: “Nunca es más oportuna la verdad que cuando se sospecha que no ha de ser creída”.

Es para mí un honor haber sido designado miembro de la Academia de Buenas Letras de Granada, y quisiera expresarles mi agradecimiento a los miembros de su Comisión Gestora, que me invitaron a participar con mis compañeros en los primeros pasos de esta Institución. Por ellos me veo hoy aquí, imaginando a este personaje fabulador de personajes, Ángel Ganivet, cónsul imposible y competente funcionario, hombre de mundo que, escondiéndose detrás de una incesante pantalla de palabras, acabó por descubrir que su mundo era estrecho, muy estrecho, sólo una hoja de papel. Alejándose, había llegado al límite, al principio de su leyenda en un río helado.

He utilizado para inventar a mi Cónsul las palabras que Ángel Ganivet repartió tan generosamente en sus cartas privadas y públicas. Estoy en deuda con los autores que me han

contado la fantástica y real historia del cónsul Ganivet: Francisco García Lorca, Miguel Olmedo Moreno, Javier Herrero, Antonio Gallego Morell, Juan Ventura Agudiez, María del Carmen Díaz de Alda Heikkilä, Nil Santiáñez-Tió, Luis Álvarez Castro, y sólo cito a aquellos a quienes he leído directamente estos días. Estoy muy agradecido a José Carlos Rosales, bibliotecario de la Academia de Buenas Letras y responsable de la edición de estas páginas. Sin la guía y el consejo de mi amigo Rafael Juárez se me habrían escapado piezas esenciales de mi historia: a él está dedicada.

Muchas gracias.

JUSTO NAVARRO VELILLA
(Granada, 1953)

Justo Navarro Velilla nació en Granada, donde en 1975 se licenció en Filología Románica. Ha publicado dos libros de poemas, *Los nadadores* (Córdoba, Antorcha de Paja, Ayuntamiento, 1985) y *Un aviador prevé su muerte* (Granada, Maillot Amarillo, Diputación, 1986; Premio de la Crítica en 1987), y las novelas *El doble del doble* (Barcelona, Seix Barral, 1988 y 2002), *Hermana muerte* (Madrid, Alfaguara, 1990; Barcelona, Seix Barral, 2002), *Accidentes íntimos* (Barcelona, Anagrama, 1990, Premio Herralde), *La casa del padre* (Anagrama, 1994), *El alma del controlador aéreo* (Anagrama, 2000) y *F.* (Anagrama, 2003). Ha traducido a autores como Paul Auster, Jorge Luis Borges, T. S. Eliot, Scott Fitzgerald, Michael Ondaatje, Ben Rice, Virginia Woolf, Pere Gimferrer y Joan Perucho.

Escribió para el compositor José Luis Turina y la compañía La Fura dels Baus el libreto de la ópera *D.Q. Don Quijote en Barcelona*, que inauguró la temporada 2000-2001 del Liceo de Barcelona.

CONTESTACIÓN
DE LA
ILMA. SRA. DOÑA PILAR MAÑAS

Señor Presidente,
Señoras y Señores Académicos,
Señoras y Señores:

EL Reglamento de la Academia de las Buenas Letras de Granada, que especifica el sistema de turnos para la contestación a los discursos de ingreso de los señores académicos, me ha proporcionado de forma azarosa el placer y el honor de pronunciar estas palabras tras las que Justo Navarro acaba de dedicar a la complicada peripecia de los últimos días del cónsul imposible Ángel Ganivet. Cuento al nuevo académico entre mis autores contemporáneos preferidos y, por qué no decirlo, entre mis amistades literarias más leales. Espero que esta declaración no quite un ápice de veracidad a la enumeración de sus méritos, que de forma tan somera como exige el acto de hoy me propongo hacer.

Los inicios literarios de Justo Navarro, su aparición pública como escritor, creo que son decididamente poéticos. Aunque no lo conocí hasta años más tarde, sé que estuvo ligado a la revista *Poesía 70* y al auge de la recuperación de la dignidad literaria en las letras de la música popular. *Los nadadores*, escrito durante febrero y marzo de 1984, puso ante los ojos de los lectores de poesía española una mayúscula ocasión para la sorpresa, que acrecentó el siguiente libro, *Un aviador prevé su muerte*, publicado en 1986 y distinguido con el Premio Nacional de la Crítica. La sorpresa provenía de la originalidad del mundo poético creado y de su

perfección formal, que permanecen por cierto insuperados casi dos décadas después, pese a tantas cosas como aparentemente han ocurrido en la lírica hispana. Imágenes tan tensas e intensas como las formas que las soportan convierten la apariencia visual de los objetos y de las situaciones cotidianas en inquietantes indicios de un acontecer imprevisible:

“Ofrece cada objeto –dulce, aunque nos asombre–
su claridad: qué limpia plenitud. De repente
alguien recibe (y todo se volverá ilusorio)
una llamada oscura desde algún sanatorio”.

En la nota de reconocimiento de *Un aviador prevé su muerte*, se dice: “El autor agradece la novedad incesante de la tradición”, después de haber mencionado los nombres de Lucilio, Lope de Vega, Baudelaire o Cernuda entre otros. El propio título procede de un verso de Yeats y el libro se abre con la estrofa de una canción de Brian Ferry; la primera cita de *Los nadadores* es de Juan Ramón Jiménez y tendríamos que mencionar muchos otros nombres para llegar a la presencia constante, tanto en los poemas como en el resto de la obra de Justo Navarro, de un género característico de la cultura contemporánea, allí donde se confunden las aguas de lo popular y lo elitista: el género negro, la ficción escrita o filmada que utiliza la investigación de los hechos violentos para sajar como con un bisturí el tejido social que los produce, con toda su apasionante mitología de héroes ambiguos e inestables.

Durante los años en que ejerció regularmente la crítica literaria, se especializó Justo Navarro precisamente en la crí-

tica de este tipo de obras y convirtió sus propias reseñas de libros en reflexiones morales densas, que resultan familiares y extrañas, como toda su literatura. También había sido temprano el debut de nuestro autor en la prensa diaria, como crítico cultural en los periódicos granadinos. Puede hacer de eso algo más de treinta años y, como es bien sabido, continúa ofreciéndonos cada semana, ahora desde las páginas de *El País*, la ocasión de apear nos de la evidencia en cualquier asunto, con una dedicación cada vez mayor al comentario político, terreno éste en el que también manifestó su interés desde tan pronto que bien se puede decir que es otro de los fundamentos de su trayectoria.

Sus primeras novelas publicadas fueron *El doble del doble* y *Hermana muerta*, que obtuvo el premio Navarra en 1989 y se publicó en 1990, el mismo año que *Accidentes íntimos*, premio Herralde de Novela. No hay escisión en el lenguaje y los mundos expresados en los poemas, artículos o textos narrativos de Justo Navarro, por más que la haya en los personajes a propósito de los que se habla. El análisis paradójico oscurece los sentimientos. Debajo de lo que percibimos de cada vida hay un iceberg de culpa, de abandono, de renuncia a la expresión. Entresaco algunas líneas del final de *La casa del padre*, la novela más extensa y de trama más compleja publicada hasta la fecha por el poeta Justo Navarro:

“Un verdadero secreto es un fantasma delicado: sólo existe dentro de tu cabeza, y lo que sólo existe dentro de tu cabeza, no existe o es como si no existiera [...] En cuanto uno se descuida, recordar se convierte en aturdimiento, una invasión de voces dentro de la cabeza, voces que se

rozan, se tocan, se empujan, se pisan, se atropellan, se aplastan entre sí, callan de pronto y te dejan vacío. [...] Ni siquiera sabía que me acordara de tantas cosas: no me acordaba de tantas cosas, y ya ni siquiera me acuerdo. Yo siempre he tenido poca memoria, pero buena. Tengo mala memoria y buenos recuerdos. [...] Si alguien me pidiera un resumen de mi vida en tres palabras le diría: He sido feliz”.

Y quien dice esto es un superviviente de la División Azul, cuarenta años después de que en los hospitales le auguraran un máximo de seis meses de vida por la heridas de la metralla, después de haber contado cómo conviven la legalidad y el chantaje, la traición y el miedo en un país en el que la estupidez estaba, como ahora, sucediendo al crimen. Para completar la enumeración de las novelas, al menos mencionaré la imprescindible *El alma del controlador aéreo* y la recién aparecida *F.*, el relato de un suicidio anunciado con quince años de antelación, el del poeta, editor y políglota Gabriel Ferrater.

Justo Navarro, que ha cursado estudios de Filología Románica y Filología Inglesa, es autor también de traducciones de Scott Fitzgerald, Virginia Woolf, Paul Auster y Pere Gimferrer, entre otros escritores de una nómina que si se examina con detenimiento sirve para confirmar la coherencia y el impulso de modernidad que hay detrás del trabajo de esta especie de eremita en el paraíso de Nerja que ha conseguido conciliar la literatura como profesión con la literatura como investigación (y esta palabra se debe entender en sus varios sentidos).

Hoy acabamos de asistir a la exposición de los logros del

investigador Navarro acerca de la mala muerte, y sobre todo de la mala vida final, del poeta, narrador, ensayista, políglota e imposible diplomático interior Ángel Ganivet, granadino y pese a ello humorista, extrañamente alegre el día antes de su suicidio. Acabamos de asistir a otra demostración de la valía de un escritor, Justo Navarro, que borra todas las fronteras, todas las rigideces, para entregarnos siempre literatura en ebullición.

Digo después de todo esto que Justo Navarro me parece el escritor más completo de su generación, de mi generación, antes de repetir que es un sabio consejero y un generoso valedor, es decir un buen amigo, de nuevo para que no parezca que se dice lo uno por lo otro.

Bienvenido siempre.

Este discurso, editado por la
Academia de Buenas Letras de Granada,
se acabó de imprimir en Granada,
el 26 de abril del año 2003,
festividad de San Isidoro de Sevilla,
en los Talleres de La Gráfica S.C. And.,
estando al cuidado de la edición
el Ilmo. Sr. Don José Carlos Rosales,
Bibliotecario de la Academia.

Granada,
MMIII

